

R-6.134

El licenciado Vidriera

POR

Miguel Cervantes Saavedra



LEÓN

Imp. de Maximino A. Miñón

1902



N.º 4306
R. 1957 (B. M. B.)

El licenciado Vidriera

FOR

Miguel Cervantes Saavedra



L. E. O. N.

Imp. de Mariano A. Minón

1907



El licenciado Vidriera

PASEÁNDOSE dos caballeros estudiantes por las riberas del Tormes, hallaron en ellas debajo de un árbol durmiendo á un muchacho de hasta edad de once años, vestido como labrador: mandaron á un criado que le despertase: despertó y preguntáronle de dónde era y qué hacía durmiendo en aquella soledad; á lo cual el muchacho respondió: que el nombre de su tierra se le había olvidado, y que se iba á la ciudad de Salamanca á buscar un amo á quien servir, por sólo que le diese estudio.

Preguntáronle si sabía leer; respondió que sí, y escribir también.

Desa manera, dijo uno de los caballeros, no es por falta de memoria habérsete olvidado el nombre de tu patria.

Sea por lo que fuere, respondió el muchacho, que ni el della, ni el de mis padres sabrá ninguno hasta que yo pueda honrarlos á ellos y á ella.

Pues ¿de qué suerte los piensas honrar? preguntó el caballero.

Con mis estudios, respondió el muchacho, siendo famoso por ellos; porque yo he oído decir que de los hombres se hacen los obispos.

Esta respuesta movió á los dos caballeros á que le recibiesen y llevasen consigo como lo hicieron; dándole estudio de la manera que se usa dar en aquella universidad á los criados que sirven.

Dijo el muchacho que se llamaba Tomás Rodaja, de donde infirieron sus amos por el nombre y por el vestido, que debía de ser hijo de un labrador pobre.

A pocos días le vistieron de negro, y á

pocas semanas dió Tomás muestras de tener raro ingenio, sirviendo á sus amos con tanta fidelidad, puntualidad y diligencia que con no faltar un punto á sus estudios, parecía que solo se ocupaba en servirlos: y como el buen servir del siervo mueve la voluntad del señor á tratarle bien, ya Tomás no era criado de sus amos sino su compañero.

Finalmente, en ocho años que estuvo con ellos se hizo tan famoso en la universidad por su buen ingenio y notable habilidad, que de todo género de gentes era estimado y querido.

Su principal estudio fué de leyes; pero en lo que más se mostraba, era en letras humanas; y tenía tan felice memoria, que era cosa de espanto, é ilustrábala tanto con su buen entendimiento, que no era menos famoso por él que por ella.

Sucedió que se llegó el tiempo que sus amos acabaron sus estudios, y se fueron á su lugar, que era una de las mejores ciudades de Andalucía; lleváronse consigo á Tomás, y estuvo con ellos algunos días;

pero como le fatigasen los deseos de volver á sus estudios y á Salamanca (que enhechiza la voluntad de volver á ella á todos los que de la apacibilidad de su vivienda han gustado), pidió á sus amos licencia para volverse.

Ellos cortesés y liberales se la dieron, acomodándole de suerte que con lo que le dieron se pudiera sustentar tres años.

Despidióse dellos, mostrando en sus palabras su agradecimiento, y salió de Malaga (que esta era la patria de sus señores), y al bajar de la cuesta de la Zambra, camino de Antequera, se topó con un gentilhombre á caballo, vestido bizarramente de camino, con dos criados también á caballo.

Juntóse con él, y supo como llevaba su mismo viaje: hicieron camarada, departieron de diversas cosas, y á pocos lances dió Tomás muestras de su raro ingenio, y el caballero las dió de su bizarría y cortesano trate: y dijo que era capitán de infantería por su Majestad, y que su alférez estaba haciendo la compañía en tierra

de Salamanca: alabó la vida de la soldadesca, pintóle muy al vivo la belleza de la ciudad de Nápoles, las hlguras de Palermo, la abundancia de Milan, los festines de Lombardia, las espléndidas comidas de las hosterías: dibujó de dulce y puntualmente el aconcha patrón, pasa acá monigoldo, venga la macarela, li polastrí, é li macarroni: puso las alabansas en el cielo de la vida libre del soldado, y de la libertad de Italia: pero no le dijo nada del frio de los centinelas, del peligro de los asaltos, del espanto de las batallas, de la hambre de los cercos, de la ruina de las minas, con otras cosas deste jaez, que algunos las toman y tienen por añadiduras del peso de la soldadesca, y son la carga principal della.

En resolución tantas cosas le dijo, y tan bien dichas, que la discreción de nuestro Tomas Rodja comenzo á titubear, y la voluntad á aficionarse á aquella vida que tan cerca tiene la muerte.

El capitán, que don Diego de Valdivia se llamaba, contentísimo de la buena

presencia, ingenio y desenvoltura de Tomás, le rogó que se fuese con él á Italia, siquiera por curiosidad de verla, que él le ofrecía su mesa, y aún si fuese necesario su bandera, porque su allérez la había de dejar presto.

Poco fué menester para que Tomás aceptase el convite, haciendo conigo en un instante un breve discurso de que sería bueno ver á Italia y Flandes, y otras diversas tierras y países; pues las luengas peregrinaciones hacen á los hombres discretos; y que en ésto á lo más largo podía gastar tres ó cuatro años, que añadidos á los pocos que él tenía, no serían tantos que impidiesen volver á sus estudios: y como si todo hubiera de suceder á la medida de su gusto, dijo al capitán que era contento de irse con él á Italia; pero había de ser con condición que no se había de sentar debajo de bandera, ni poner en lista de soldado, por no obligarse á seguir su bandera.

Y aunque el capitán le dijo que no importaba ponerse en lista, que ansí go-

zaría de los socorros y pagas que á la compañía se diesen, porque él le daría licencia todas las veces que se la pidiese.

Eso sería, dijo Tomás, ir contra mi conciencia y contra la del señor capitán, y así más quiero ir suelto que obligado.

Conciencia tan escrupulosa, dijo don Diego, más es de religioso que de soldado; pero como quiera que sea, ya somos camaradas.

Llegaron aquella noche á Antequera, y en pocos días y en grandes jornadas se pusieron donde estaba la compañía, ya acabada de hacer, y que comenzaba á marchar la vuelta de Cartagena, alojándose ella y otras cuatro por los lugares que les venían á mano.

Allí notó Tomás la autoridad de los comisarios, la comodidad de algunos capitanes, la solicitud de los aposentadores, la industria y cuenta de los pagadores, las quejas de los pueblos, el rescatar de las boletas, las insolencias de los bisoños, las

pendencias de los huéspedes, el pedir bagajes más de los necesarios, y finalmente la necesidad casi precisa de hacer todo aquello que notaba y mal le parecía.

Habiase vestido Tomás de capagayo, renunciando los hábitos de estudiante, y púose á lo de Dios es Cristo, como se suele decir.

Los muchos libros que tenía los redujo á unas Horas de Nuestra Señora, y un Garcilase sin comento, que en las dos faldriquetas llevaba.

Llegaron más presto de lo que quisieran á Cartagena, porque la vida de los alojamientos es ancha y varía, y cada día se topan cosas nuevas y gustosas.

Allí se embarcaron en cuatro galeras de Nápoles, y allí notó también Tomás Redaja la extraña vida de aquellas marítimas casas, adonde lo más del tiempo maltratan las chinchas, roban los forzados, enfadan los marineros, destruyen los ratones y fatigan los marelas.

Pusieronle temor las grandes borrascas

y tormentas, especialmente en el golfo de León, que tuvieron dos: que la uno los echó en Córcega, y la otra los volvió á Tolón en Francia.

En fin, trasnochados, mojados, y con ojeras llegaron á la hermosa y bellísima ciudad de Jénova, y desembarcándose en su recogido mandrache, después de haber visitado una iglesia, dió el capitán con todos sus camaradas en una hortería, donde pusieron en olvido todas lass borrascas pasadas con el presente gaudemus.

Allí conocieron la suavidad del treviano, el valor del monte fraseón, la ninerca del Asperino, la generosidad de los dos griegos Candía y Soma, la grandeza del de las cinco viñas, la dulzura y apacibilidad de la señora garnacha, la rusticidad de la chentola, sin que entre todos estos señores osase parecer la bajeza del romanesco.

Y habiendo hecho el huésped la reseña de tantos y tan diferentes vinos, se ofreció de hacer parecer allí, sin usar de tropellía

ni como pintados en mapa, sino real y verdaderamente, á Madrigal, Coca, Alaejos, y á la imperial más que real ciudad, recámara del dios de la risa: ofreció á Esquivias, ó Alanis, á Cazalla, Guadalcañal y la Membrilla, sin que se olvidase de Ribadavia, y de Descargamaria.

Finalmente, más vinos nombró el huésped, y más les dió que pudo tener en sus bodegas el mismo Baco.

Admiráronle también al buen Tomás los rubios cabellos de las jenovesas, y la gentileza y gallarda disposición de los hombres, la admirable belleza de la ciudad, que en aquellas peñas parece que tiene las casas engastadas como diamantes en oro.

Otro día se desembarcaron todas las compañías que habían de ir al Piamonte; pero no quiso Tomás hacer este viaje, sino irse desde allí por tierra á Roma y á Nápoles; como lo hizo, quedando de volver por la gran Venecia, y por Loreto á Milán y al Piamonte, donde dijo don Diego de Valdivia que le hallaría, si ya no los

hubiesen llevado á Flandes, según se decía.

Despidióse Tomás del capitán de allí á dos días, y en cinco llegó á Florencia, habiendo visto primero á Luca, ciudad pequeña, pero muy bien hecha, y en la que mejor que en otras partes de Italia son bien vistos y agasajados los españoles,

Contentóle Florencia en extremo, así por su agradable asiento como por su limpieza, suntuosos edificios, fresco río y apacibles calles: estuvo en ella cuatro días, y luego se partió á Roma, reina de las ciudades y señora del mundo.

Visitó sus templos, adoró sus reliquias y admiró su grandeza; y así como por las uñas del león se viene en conocimiento de su grandeza y ferocidad, así él sacó la de Roma por sus despedazados mármoles, medias y enteras estatuas, por sus rotos arcos y derribadas termas, por sus magníficos pórticos y anfiteatros grandes, por su famoso y santo río, que siempre llena sus márgenes de agua, y las beatifica con

las infinitas reliquias de cuerpos de mártires que ellas tuvieron sepultura: por sus puentes, que parece que se está mirando unas á otras, y por sus calles que con solo el nombre cobran autoridad sobre todas las de las otras ciudades del mundo: la vía Apia, la Flaminia, la Julia, con otras de este jaez.

Pues no le admiraba menos la división de sus montes dentro de sí misma: el Celio, el Quirinal y el Vaticano, con los otros cuatro, cuyos nombres manifiestan la grandeza y majestad romana.

Notó también la autoridad del colegio de los cardenales, la majestad del sumo pontífice, el concurso y variedad de gentes, y naciones.

Todo lo miró, y notó y puso en su punto.

Y habiendo andado la estación de las siete iglesias, y confesándose con un penitenciero y besado el pié á su Santidad, lleno de *agnusdei* y cuentas determinó irse á Nápoles, y por ser tiempo de mutación, malo y dañoso para todos los que en él

entran ó salen de Roma como hayan caminado por tierra, se fué por mar á Nápoles, donde á la admiración que traía de haber visto á Roma, añadió la que le causó ver á Nápoles, ciudad á su parecer y al de todos cuantos la han visto, la mejor de Europa, y aún de todo el mundo.

Desde allí se fué á Sicilia, y vió á Palermo, y después á Mesina: de Palermo le pareció bien el asiento y belleza, y de Mesina el puerto, y de toda la isla la abundancia, por quien propiamente y con verdad es llamada granero de Italia.

Volvióse á Nápoles y á Roma, y de allí fué á Nuestra Señora de Loreto, en cuyo santo templo no vió paredes ni murallas, porque todas estaban cubiertas de maletas, de mortajas, de cadenas, de grillos, de esposas, de cabelleras, de medios bultos de cera, y de pinturas y retratos que daban manifiesto indicio de las innumerables mercedes que muchos habían recibido de la mano de Dios por intercesión de su divina Madre, que aquella sacrosanta imagen suya quiso engrandecer y autori-

zar con muchedumbre de milagros, en recompensa de la devoción que le tienen aquellos que con semejantes doses tienen adornados los muros de su casa.

Vió el mismo aposento y estancia donde se relató la más alta embajada y de más importancia, que vieron y no entendieron todos los cielos, y todos los ángeles, y todos los moradores de las moradas sempiternas.

Desde allí, embarcándose en Ancona, fué á Venecia, ciudad, que á no haber nacido Colón en el mundo, no tuviera en él semejante; merced al cielo y al gran Hernando Cortés, que conquistó la gran Méjico para que la gran Venecia tuviese en alguna manera quien se le opusiese.

Estas dos famosas ciudades se parecen en las calles, que son todas de agua: la de Europa admiración del mundo antiguo: la de America espanto del mundo nuevo.

Parecióle que su riqueza era infinita, su

gobierno prudente, su sitio inespugnable, su abundancia mucha, sus contornos alegres, y finalmente toda ella en sí y en sus partes dignas de la fama que de su valor por todas las partes del orbe se extiende, dando causa de acreditar más esta verdad la máquina de su famoso arsenal, que es el lugar donde se fabrican las galeras con otros bajeles que no tienen número.

Por poco fueran los de Calipso los regalos y pasatiempos que halló nuestro curioso viajero en Venecia, pues casi le hacían olvidar de su primer intento.

Pero habiendo estado un mes en ella, por Ferrara, Parma y Plasencia volvió á Milán, oficina de Vulcano, ojeriza del reino de Francia, ciudad en fin de quien se dice, que puede decir y hacer, haciéndola magnífica la grandeza suya, y de su templo, y su maravillosa abundancia de todas las cosas á la vida humana necesarias.

Desde allí se fué á Aste, y llegó á tiempo que otro día marchaba el tercio á Flandes.

Fué muy bien recibido de su amigo el capitán, y en su compañía y camarada pasó á Flandes, y llegó á Amberes, ciudad no menos para maravillar que las que había visto en Italia.

Vió á Gante y á Bruselas, y vió que todo el país se disponía á tomar las armas para salir en campaña el verano siguiente; y habiendo cumplido con el deseo que le movió á ver lo que había visto, determinó volverse á España y á Salamanca á acabar sus estudios; y como lo pensó lo puso luego por obra, con pesar grandísimo de su camarada, que le rogó al tiempo del despedirse le avisase de su salud, llegada, y suceso.

Prometiéndolo así como lo pedía, y por Francia volvió á España sin haber visto á París, por estar puesto en armas.

En fin llegó á Salamanca, donde fué muy bien recibido de sus amigos, y con la comodidad que ellos le hicieron, prosiguió sus estudios hasta graduarse de licenciado en leyes.

Sucedió que en este tiempo llegó á aquella ciudad una dama de todo rumbo y manejo.

Acudieron luego á la añagaza y reclamó todos los pájaros del lugar, sin quedar *vademecum* que no la visitase.

Dijéronle á Tomás que aquella dama decía que había estado en Italia y en Flandes, y por ver si la conocía fué á visitarla, de cuya visita y vista quedó ella enamorada de Tomás; y él sin echar de ver en ello, si no era por fuerza y llevado de otros no quería entrar en su casa.

Finalmente, ella le descubrió su voluntad y le ofreció su hacienda.

Pero como él atendía más á sus libros que á otros pasatiempos, en ninguna manera respondía al gusto de la señora, la cual viéndose desdeñada y á su parecer aborrecida, y que por medios ordinarios y comunes no podía conquistar la roca de la voluntad de Tomás, acordó de buscar otros modos á su parecer más eficaces y bastantes para salir con el cumplimiento

de sus deseos; y así aconsejada de una morisca, en un membrillo toledano dió á Tomás unos destos que llaman hechizos, creyendo que le daba cosa que le forzase la voluntad á quererla, como si hubiese en el mundo yerbas, encantos ni palabras suficientes á forzar el libre albedrío; y así las que dán estas bebidas ó comidas amatorias se llaman benéficas, porque no es otra cosa lo que hacen sino dar veneno á quien las toma, como lo tiene mostrado la experiencia en muchas y diversas ocasiones.

Comió en tal mal punto Tomás el membrillo, que al momentó comenzó á herir de pié y de mano como si tuviera alferecía, y sin volver en sí estuvo muchas horas, al cabo de las cuales volvió como atontado, y dijo con lengua turbada y tartamuda, que un membrillo que había comido le había muerto, y declaró quién se lo había dado.

La justicia, que tuvo noticia del caso, fué á buscar la malhechora; pero ya ella,

viendo el mal suceso, se había puesto en cobro y no pareció jamás.

Seis meses estuvo en la cama Tomás, en los cuales se secó y se puso como suele decirse, en los huesos, y mostraba tener turbados todos los sentidos; y aunque le hicieron los remedios posibles, sólo le sanaron la enfermedad del cuerpo, pero no la del entendimiento, porque quedó sano y loco de la más extraña locura que entre las locuras hasta entonces se había visto.

Imaginóse el desdichado que era todo hecho de vidrio, y con esta imaginación cuando alguno se llegaba á él daba terribles voces, pidiendo y suplicando con palabras y razones concertadas que no se le acercasen, porque le quebrarian, que real y ver laderamente él no era como los otros hombres, que todo era de vidrio de piés á cabeza.

Para sacarle desta extraña imaginación, muchos sin atender á sus voces y rogativas arremetieron á él y le abrazaron, di-

ciéndole que advirtiese y mirase como no se quebraba.

Pero lo que se granjeaba en ésto era que el pobre se echaba en el suelo, dando mil gritos, y luego le tomaba un desmayo, del cual no volvía en sí en cuatro horas, y cuando volvía era renovando las plegarias y rogativas de que otra vez no llegasen.

Decía que le hablasen desde lejos y le preguntasen lo que quisiesen, porque á todo le respondería con más entendimiento, por ser hombre de vidrio y no de carne, que el vidrio por ser de materia sutil y delicada, obra por ella el alma con más prontitud y eficacia, que no por la del cuerpo pesada y terrestre.

Quisieron algunos experimentar si era verdad lo que decía, y así le preguntaron muchas y difíciles cosas, á los cuales respondió espontáneamente con grandísima agudeza de ingenio, cosa que causó admiración á los más letrados de la universidad y á los profesores de la medicina y filosofía, viendo que en un sujeto donde

se contenía tan extraordinaria locura como el pensar que fuese de vidrio, se encerrase tan grande entendimiento, que respondiese á toda pregunta con propiedad y agudeza.

Pidió Tomás le diesen alguna fundación donde pusiese aquel vaso quebradizo de su cuerpo, porque al vestirse algún vestido estrecho no se quebrase; y así le dieron una ropa parda y una camisa muy ancha, que él se vistió con mucho tiento y se ciñó con una cuerda de algodón: no quiso zapatos en ninguna manera, y el orden que tuvo para que le diesen de comer sin que á él llegasen fué poner en la punta de una vara una vasera de orinal, en la cual le ponían alguna cosa de fruta de las que la sazón del tiempo les ofrecía: carne ni pescado no lo quería; no bebía sino en fuente ó en río, y ésto con las manos: cuando andaba por las calles, iba por la mitad dellas, mirando á los tejados, temeroso no le cayese alguna teja encima y le quebrase: los veranos dormía en el campo á cielo abierto, y los inviernos se metía

en algún mesón, y en el pajar se enterraba hasta la garganta, diciendo que aquella era la más propia y más segura cama que podían tener los hombres de vidrio: cuando tronaba, temblaba como un azogado, y se salía al campo y no entraba en poblado hasta haber pasado la tempestad; tuvieronle encerrado sus amigos mucho tiempo, pero viendo que su desgracia pasaba adelante determinaron de condescender con lo que él les pedía, que era le dejaran andar libre, y así le dejaron, y él salió por la ciudad causando admiración y lástima á todos los que le conocían.

Cercáronle luego los muchachos; pero él con la vara los detenía y le rogaba le hablasen apartados, porque no se quebrase, que por ser hombre de vidrio era muy tierno y quebradizo.

Los muchachos, que son la más traviesa generacion del mundo, á despecho de sus ruegos y voces le comenzaron á tirar trapos y aún piedras, por ver si era de vidrio como él decía; pero él daba tantas voces y hacía tales extremos, que movía á

los hombres á que riñesen y castigasen á los muchachos porque no le tirasen.

Más un día, que le fatigaron mucho, se volvió á ellos diciendo: ¿qué me queréis, muchachos, perfiados como moscas, sucios como chinches, atrevidos como pulgas? ¿soy yo por ventura el monte Testacho de Roma para que me tireis tantos tiestos y tejas?

Por oírle reñir y responder á todos, le seguían siempre muchos, y los muchachos tomaron y tuvieron por mejor partido antes oírle que tirarle.

Pasando pues una vez por la ropería de Salamanca, le dijo una ropera: en mi ánima, señor licenciado, que me pesa de su desgracia; pero ¿qué haré, que no puedo llorar?

El se volvió á ella, y muy mesurado le dijo: *filie Hierusalem, plorate super vos, et super filios vestros.*

Entendió el marido de la ropera la malicia del dicho y dijole: hermano licenciado Vidriera (que así decía él que

se llamaba), más teneis de bellaco que de loco.

No se me dá un ardite, respondió él, como no tenga nada de necio.

Pasando un día por la casa llana y venta común (1), vió que estaban á la puerta della muchas de sus moradoras, y dijo que eran bagajes del ejército de Satanás, que estaban alojados en el mesón del infierno.

Preguntóle uno que ¿qué consejo ó consuelo daría á un amigo suyo que estaba muy triste porque su mujer se le había ido con otro?

A lo cual respondió: dile que dé gracias á Dios por haber permitido le llevasen de casa á su enemigo.

Luego ¿no irá á bu-scarla? dijo el otro,

Ni por pienso, replicó Vidriera, porque sería el hallarla hallar un perpétuo y verdadero testigo de su deshonra.

Ya que eso sea así, dijo el mismo, ¿qué haré yo para tener paz con mi mujer?

(1) La casa donde habitaban las prostitutas.

Respondióle: dale lo que hubiere menester; déjala que mande á todos los de tu casa, pero no sufras que ella te mande á tí.

Dijole un muchacho: señor licenciado Vidriera, yo me quiero desgarrar de mi padre, porque me azota muchas veces.

Y respondióle: advierte, niño, que los azotes que los padres dan á los hijos honran, y los del verdugo afrentan.

Estando á la puerta de una iglesia, vió que entraba un labrador de los que siempre blasonan de cristianos viejos, y detrás venía uno que no estaba en tan buena opinión como el primero, y el licenciado dió grandes voces al labrador, diciendo: esperad, Domingo, á que pase el sábado.

De los maestros de escuela decía que eran dichosos, pues trataban siempre con ángeles dichosísimos, si los angelitos no fueran mocosos.

Otro le preguntó, que ¿qué le parecía de las alcahuetas?

Respondió que no lo eran las apartadas, sino las vecinas.

Las nuevas de su locura y de sus respuestas y dichos se extendieron por toda Castilla, y llegando á noticia de un príncipe ó señor que estaba en la corte, quiso enviar por él, y encargósele á un caballero amigo suyo que estaba en Salamanca, que se lo enviase, y topándole el caballero un día, le dijo: sepa el señor licenciado Vidriera, que un gran personaje de la corte le quiere ver y enviar por él.

A lo cual respondió: vuesa merced me excuse con este señor, que yo no soy bueno para palacio, porque tengo vergüenza y no sé lisonjear.

Con todo ésto, el caballero le envió á la corte, y para traerle usaron con él desta invención: pusiéronle en unas argueñas de paja, como aquellas donde llevan el vidrio, igualando los tercios con piedras, y entre paja puestos algunos vidrios, porque se diese á entender que como vaso de vidrio le llevaban.

Llegó á Valladolid, donde, en aquel

tiempo estaba la corte; entró de noche y desembanastáronle en la casa del señor que había enviado por él, de quien fué muy bien recebido, diciéndole: sea muy bien venido el señor licenciado Vidriera: ¿cómo ha ido en el camino? ¿cómo vá de salud?

A lo cual respondió: ningún camino hay malo como se acabe, sino es el que va á la horca: de salud estoy neutral, porque están encontrados mis pulsos con mi cerebro.

Otro día, habiendo visto en muchas alcandaras muchos deblíes y otros pájaros de volatería, dijo que la caza de altanería era digna de príncipes y de grandes señores; pero que advirtiesen, que con ella echaba el gusto censo sobre el provecho á más de dos mil por uno.

La caza de liebres dijo que era muy gustosa, y más cuando se cazaba con galgos prestados.

El caballero gustó de su locura, y dejóle salir por la ciudad debajo del amparo y guarda de un hombre que tuviese cuenta

que los muchachos no le hiciese mal, de los cuales y de toda la corte fué conocido en seis días, y á cada paso, en cada calle y en cualquiera esquina respondía á todas las preguntas que le hacían.

Entre las cuales le preguntó un estudiante ¿si era poeta? porque le parecía que tenía ingenio para todo.

A lo cual respondió: hasta ahora no he sido tan necio ni tan venturoso.

No entiendo eso de necio y venturoso, dijo el estudiante; y respondió Vidriera: no he sido tan necio que diese en poeta malo, ni tan venturoso que haya merecido serlo bueno.

Preguntóle otro estudiante que ¿en qué estimación tenía á los poetas?

Respondió que á la ciencia en mucha, pero que á los poetas en ninguna.

Replicáronle, que ¿por qué decía aquéllo?

Respondió que del infinito número de poetas que había; era tan pocos los buenos que casi no hacían número; y así como si no hubiese poetas, no los estimaba; pero

que admiraba y reverenciaba la ciencia de la poesía, porque encerraba en sí todas las ciencias; porque de todas se sirve, de todas se adorna, y pule y saca á luz sus maravillosas obras, con que llena el mundo de provecho, de deleite y de maravilla.

Añadió más: yo bien sé en lo que se debe estimar un buen poeta, porque se me acuerda de aquellos versos de Ovidio, que dicen:

*Cura ducum fuerunt olim Regumque poetæ:
Præmiaque antiqui magna tulere chori.
Sanctaque majestas, et erat venerabile nomen
Vatibus: et largæ sæpe dabantur opes.*

Y menos se me olvida la alta calidad de los poetas, pues los llama Platón intérpretes de los dioses, y de ellos dice Ovidio:

Est Deus in nobis, agitante calescimus illo

Y también dice:

At sacri vates, et Divum cura vocamur.

Esto se dice de los buenos poetas: que

de los malos, de los churrulleros, ¿qué se ha de decir sino que son la idiotez y la ignorancia del mundo? y añadió más: ¿qué es ver á un poeta destes de la primera impresión, cuando quiere decir un soneto á otros que le rodean, las salvas que les hace, diciendo: vuestas mercedes escuchen un sonetillo que anoche á cierta ocasión hice, que á mi parecer, aunque no vale nada, tiene un nosequé de bonito? y en ésto tuerce los labios, pone en arco las cejas, se rasca la faldriquera, y de entre otros mil papeles mugrientos y medio rotos, donde queda otro millar de sonetos, saca el que quiere relatar, y al fin le dice con tono meliflao y alfeñicado? si acaso los que le escuchan de socarrones ó de ignorantes no se le alaban, dice: ó vuestas mercedes no han entendido el soneto: ó yo no le he sabido decir, y así será bien recitarle otra vez, y que vuestas mercedes le presten más atención, porque en verdad en verdad que el soneto lo merece; y vuelve como primero á recitarle con nuevos ademanes y nuevas pausas.

Pues ¿qué es verlos censurar los unos á los otros? ¿qué diré del ladrar que hacen los cachorros y modernos á los mastinazos antiguos y graves? y ¿qué de los que murmuran de algunos ilustres y excelentes sujetos, donde resplandeca la verdadera luz de la poesía, que tomándola por alivio y entretenimiento de sus muchas y graves ocupaciones, muestran la divinidad de sus ingenios y la alteza de sus conceptos, á despecho y pesar del circunspecto ignorante que juzga de lo que no sabe y aborrece lo que no entiende? ¿y del que quiere que se estime y tenga en precio la necesidad que se sienta debajo de doseles, y la ignorancia que se arrima á los sitios?

Otra vez le preguntaron: ¿qué era la causa de que los poetas por la mayor parte eran pobres?

Respondió que porque ellos querían, pues estaba en sus manos ser ricos, si se sabían aprovechar de la ocasión que por momentos traían entre las manos, que eran las de sus damas, que todas eran

riquísimas en extremo, pues tenían los cabellos de oro, la frente de plata bruñida, los ojos de verdes esmeraldas, los dientes de marfil, los labios de coral y la garganta de cristal transparente, y que lo que lloraban eran líquidas perlas, y más que lo que sus plantas pisaban, por dura y estéril tierra que fuese, al momento producía jazmines y rosas, que su aliento era de puro ámbar, almizcle y y algalia; y que todas estas cosas eran señales y muestras de su mucha riqueza.

Estas y otras cosas decía de los malos poetas; que de los buenos siempre dijo bien, y los levantó sobre el cuerno de la luna.

Vió un día en la acera de San Francisco unas figuras pintadas de mala mano, y dijo que los buenos pintores imitaban la naturaleza, pero que los malos la vomitaban.

Arrimóse un día, con grandísimo tiento porque no se quebrase, á la tienda de un librero, y díjole: este oficio me conten-

tara mucho, si no fuera por una falta que tiene.

Preguntóle el librero se la dijese.

Respondióle: los melindres que hacen, cuando compran el privilegio de un libro, y la burla que hacen á su autor si acaso le imprime á su costa, pues en lugar de mil y quinientos imprimen tres mil libros, y cuando el autor piensa que se venden los suyos, se despachan los ajenos.

Acaoció este mismo día que pasaron por la plaza seis azotados, y diciendo el pregón: al primero por ladrón; dió grandes voces á los que estaban delante dél, diciéndoles: apartaos, hermanos, no comience aquella cuenta por alguno de vosotros; y cuando el pregonero llegó á decir: al trasero, dijo: aquel por ventura debe de ser el fiador de los muchachos.

Un muchacho le dijo: hermano Vidriera mañana sacan á azotar á una alcahueta.

Respondióle: si dijeras que sacaban á azotar á un alcahuete, entendiera que sacaban á azotar un coche.

Hallóle allí uno destes que llevan sillas de manos, y díjole: de nosotros, licenciado, ¿no teneis que decir?

No, respondió Vidriera, sino que sabe cada uno de vosotros más pecados que un confesor; más es con esta diferencia, que el confesor los sabe para tenerlos secretos, y vosotros para publicarlos por las tabernas.

Oyó ésto un mozo de mulas, porque de todo género de gente le estaba escuchando contino, y díjole: de nosotros, señor Redoma, poco ó nada hay que decir, porque somos gente de bien y necesaria en la república.

A lo cual respondió Vidriera: la honra del amo, descubre la del eriado, según ésto: mira á quien sirves, y verás cuán honrado eres: mozos sois vosotros de la más ruin canalla que sustenta la tierra: una vez, cuando no era de vidrio, caminé una jornada en una mula de alquiler, tal que le conté ciento y veinte y una tachas, todas capitales y enemigas del género humano: todos los mezos de mulas tienen

su punta de rufianes, su punta de cacos, y su es no es de truhanes: si sus amos (que así llaman ellos á los que llevan en sus mulas) son boquiñuelles, hacen más suertes en ellos que las que echaron en esta ciudad los años pasados; si son extranjeros, los roban; si estudiantes, los maldicen; si religiosos, los reniegan; y si soldados, los tiemblan: éstos, y los marineros, y carreteros, y arrieros, tienen un modo de vivir extraordinario, y sólo para ellos: el carretero pasa lo más de la vida en espacio de vara y media de lugar, que poco más debe de haber del yugo de las mulas á la boca del carro; canta la mitad del tiempo, y la otra mitad reniega; y en decir: háganse á zaga, se les pasa otra muy gran parte; y si acaso les queda por sacar alguna rueda de algún atolladero, más se ayudan de dos pesetas que de tres mulas.

Los marineros son gente gentil é inurbana, que no sabe otro lenguaje que el que se usa en los navíos: en la bonanza son diligentes y en la borrasca perezosos;

en la tormenta mandan muchos y obedecen pocos; su Dios es su arca y su rancho; y su pasatiempo ver mareados á los pasajeros.

Los arrieros son gente que ha hecho divorcio con las sábanas y se ha casado con las enjalmas; son tan diligentes y presurosos, que á trueco de no perder la jornada, perderán el alma; su música es la del mortero, su salsa la hambre, sus mañitines levantarse á dar sus piensos, y sus misas no oír ninguna.

Cuando ésto decía estaba á la puerta de un boticario, y volviéndose al dueño, le dijo: vuesa merced tiene un saludable oficio, si no fuese tan enemigo de sus candiles.

¿En qué modo soy enemigo de mis candiles? preguntó el boticario; y respondió Vidriera: esto digo, porque en faltando cualquiera aceite, lo suple el del candil que está más á mano, y aún tiene otra cosa este oficio, bastante á quitar el crédito al más acertado médico del mundo.

Preguntándole por qué, respondió que había boticario, que por no atreverse ni osar decir que faltaba en su botica lo que recetaba el médico, por las cosas que le faltaba ponía otras, que á su parecer tenían la misma virtud y calidad, no siendo así; y con ésto la medicina mal compuesta obraba al revés de lo que había de obrar la bien ordenada.

Preguntóle entonces que qué sentía de los médicos, y respondió ésto: *honora medicum propter necessitatem, etenim creavit eum Altissimus: á Deo enim est omnis medela, et á Rege accipiet donationem: disciplina medici exaltavit caput illius, et in conspectu magnatum collaudabitur: Altissimus de terra creavit medicinam, et vir prudens non abhorrebit illam.*

Esto dice, dijo, el Eclesiástico, de la medicina y de los buenos médicos, y de los malos se podría decir todo al revés, porque no hay gente más dañosa á la república que ellos.

El juez nos puede torcer ó dilatar la justicia; el letrado sustentar por su inte-

rés nuestra injusta demanda; el mercader chuparnos la hacienda; finalmente, todas las personas con quien de necesidad tratamos, nos pueden hacer algún daño; pero quitarnos la vida sin quedar sujetos al temor del castigo, ninguno: sólo los médicos nos pueden matar y nos matan sin temor y á pié quedó, sin desenvainar otra espada que la de un récipe: y no hay descubrirse sus delitos, porque al momento los meten debajo de la tierra: acuérdaseme que cuando yo era hombre de carne, y no de vidrio como agora soy, que á un médico de estos de segunda clase le despidió un enfermo por curarse con otro, y el primero de allí á cuatro días acertó á pasar por la botica donde recetaba el segundo, y preguntó al boticario que cómo le iba al enfermo que él había dejado, y que si le había recetado alguna purga el otro médico?

El boticario le respondió que allí tenía una receta de purga que el día siguiente había de tomar el enfermo; dijo que se la mostrase, y vió que al fin della estaba

escrito: *sumat diluculo*, y dijo: todo lo que lleva esta purga me contenta, sino es este *diluculo*, porque es húmido demasadamente.

Por estas y otras cosas que decía de todos los oficios se andaban tras él sin hacerle mal y sin dejarle sosegar; pero con todo esto no se pudiera defender de los muchachos; si su guardián no le defendiera.

Preguntóle uno ¿qué haría para no tener envidia á nadie?

Respondióle: duerme que todo el tiempo que durmieres, serás igual al que envidias.

Otro le preguntó ¿qué remedio tendría para salir con una comisión que había dos años que la pretendía?

Y díjole: parte á caballo y á la mira de quien la lleva y acompañale hasta salir de la ciudad, y así saldrás con ella.

Pasó acaso una vez por delante donde él estaba un juez de comisión, que iba de camino á una causa criminal, y llevaba

mucha gente consigo y dos alguaciles; preguntó ¿quién era? y como se lo dijeron, dijo: yo apostaré que lleva aquel juez víboras en el seno, pistoletes en la tinta y rayos en las manos para destruir todo lo que alcanzase la comisión.

Yo me acuerdo haber tenido un amigo que en una comisión criminal que tuvo dió una sentencia tan exorbitante, que excedía en muchos quilates á la culpa de los delincuentes: preguntéle que ¿por qué había dado aquella tan cruel sentencia y hecho tan manifiesta injusticia?

Respondióme que pensaba otorgar la apelación, y que con ésto dejaba campo abierto á los señores del consejo para mostrar su misericordia, moderando y poniendo aquella su rigurosa sentencia en su punto y debida proporción.

Yo le respondí que mejor fuera haberla dado de manera que les quitase de aquel trabajo, pues con éste le tuvieran á él por juez recto y acertado.

En la rueda de la mucha gente, que como se ha dicho siempre le estaba oyen-

do, estaba un conocido suyo en hábito de letrado, al cual otro le llamó señor licenciado, y sabiendo Vidriera que el tal á quien llamaron licenciado, no tenía ni aún título de bachiller, le dijo: guardaos, compadre, no encuentren con vuestro título los frailes de la redención de cautivos, que os le llevarán por mostrenco.

A lo cual dijo el amigo: tratémonos bien, señor Vidriera, pues ya sabeis vos que soy hombre de altas y de profundas letras.

Respondióle Vidriera: yo ya sé que sois un Tántalo en ellas, porque se os van por altas, y no las alcanzais de profundas.

Estando una vez arrimado á la tienda de un sastre, vióle que estaba mano sobre mano, y díjole: sin duda, señor maese, que estais en camino de salvación.

¿En qué lo veis? preguntó el sastre: ¿en qué lo veo? respondió Vidriera: véolo en que pues no tendreis que hacer, no

tendreis ocasión de mentir; y añadió, desdichado del sastre que no miente, y cose las fiestas: cosa maravillosa es, que casi en todos los deste oficio apenas se hallará uno que haga un vestido justo, habiendo tantos que los hagan pecadores.

De los zapateros decía que jamás hacían conforme á su parecer zapato malo; porque si al que se le calzaba venía estrecho y apretado, le decían que así debía de ser por ser de galanes calzar justo, y que en trayéndolos dos horas, vendrían más anchos que alpargatas; y si le venían anchos, decían que así habían de venir por amor de la gota.

Un muchacho agudo, que escribía en un oficio de provincia, le apretaba mucho con preguntas y demandas, y le traía nuevas de lo que en la ciudad pasaba, porque sobre todo discantaba, y á todo respondía.

Este le dijo una vez: Vidriera, esta noche se murió en la cárcel un banco, que estaba condenado á ahorcar.

A lo cual respondió: él hizo bien darse prisa á morir, antes que el verdugo se sentara sobre él.

En la acera de San Francisco estaba un corro de jenoveses, y pasando por allí uno dellos le llamó, diciéndole: lléguese acá el señor Vidriera, y cuéntenos un cuento.

El respondió: no quiero, porque no me le paseis á Jénova (1).

Topó una vez á una tendera que llevaba delante de sí una hija suya muy fea, pero muy llena de dijes, de galas y de perlas, y díjole á la madre: muy bien habeis hecho en empedralla porque se puede pasear.

De los pasteleros dijo que había muchos años que jugaban á la dobladilla, sin que les llevasen la pena porque habían hecho el pastel de á dos (*maravedises*) de á cuatro, el de á cuatro de á ocho, y el de á ocho de medio real, por sólo su albedrío y beneplácito.

(1) Llevábanse á Jénova muchos cuentos ó millones de reales.

De los titereros decía mil males: decía que era gente vagamuada y que trataba con indecencia de las cosas divinas, porque con las figuras que mostraban en sus retratos, volvían la devoción en risa, y que les acontecía envasar en un costal todas ó las más figuras del Testamento viejo y nuevo, y sentarse sobre él á comer y beber en los bodegones y tabernas: en resolución, decía que se maravillaba de cómo quien podía no les ponía perpétuo silencio en sus retablos, ó los desterraba del reino.

Acertó á pasar una vez por donde él estaba un comediante vestido como un príncipe, y en viéndole dijo: yo me acuerdo haber visto á este salir al teatro enharinado el rostro, y vestido un zamarro del revés, y con todo ésto á cada paso fuera del tablado jura á fé de hijodalgo.

Débelo de ser, respondió uno, porque hay muchos comediantes que son muy bien nacidos y hijosdalgo.

Así será verdad, replicó Vidriera, pero lo que menos há menester la farsa es

personas bien nacidas; galanes sí, gentiles hombres y de expeditas lenguas: también sé decir dellos que en el sudor de su cara ganan su pan con inllevable trabajo, tomando continuo de memoria, hechos perpétuos jitanos de lugar en lugar, y de mesón en venta, desvelándose en contentar á otros, porque en el gusto ajeno consiste su bien propio: tienen más, que con su oficio no engañan á nadie, pues por momentos sacan su mercadería á pública plaza, al juicio y á la vista de todos: el trabajo de los autores es increíble, y su euidado extraordinario, y han de ganar mucho para que al cabo del año no salgan ten empeñados, que les sea forzoso hacer pleito de acreedores; y con todo ésto son necesarios en la república, como lo son las florestas, las alamedas y las vistas de recreación, y como lo son las cosas que honestamente recrean: decía que había sido opinión de un amigo suyo, que el que servía á una comediante, en sólo una servía á muchas damas juntas, como era á una reina, á una ninfa, á una diosa, á una

fregona, á una pastora, y muchas veces caía la suerte en que sirviese en ella á un paje y á un lacayo, que todas éstas y más figuras suele hacer una farsanta.

Pregantóle uno que ¿cuál había sido el más dichoso del mundo?

Respondió que *nemo*: porque *nemo novit patrem: nemo sine crimine vivit: nemo sua sorte contentus: nemo ascendit in caelum.*

De los diestros dijo una vez que eran maestros de una ciencia ó arte, que cuando la habían menester no la sabían, y que tocaban algo en presuntuosos, pues que oían reducir á demostraciones matemáticas, que son infalibles, los movimientos y pensamientos coléricos de sus contrarios.

Con los que se teñían las barbas tenía particular enemistad; y riñendo una vez delante dél dos hombres, que el uno era portugués, éste dijo al castellano, asiéndose de las barbas, que tenía muy teñidas: por istas barbas que teñe no rostro: á lo

cual acudió Vidriera, y dijo: olhay, homén, naon digais teño, sino tiño.

Otro traía las barbas jaspeadas y de muchas colores, culpa de la mala tinta, á quien dijo Vidriera, que tenía las barbas de muladar overo.

A otro que traía las barbas por mitad blancas y negras por haberse descuidado, y los cañones crecidos, le dijo que procurase de no porfiar ni reñir con nadie, porque estaba aparejado á que le dijessen que mentía por la mitad de la barba.

Una vez contó que una doncella discreta y bien entendida, por acudir á la voluntad de sus padres, dió el sí de casarse con un viejo todo cano, el cual la noche antes del día del desposorio se fué; no al río Jordán, como dicen las vejas, sino á la redomille del agua fuerte y plata, con que renovó de manera su barba, que la acostó de nieve, y la levantó de pez.

Llegóse la hora de darse las manos, y la doncella conoció por la pinta y por la tinta la figura, y dijo á sus padres,

que le diesen el mismo esposo que ellos le habían mostrado que no quería otro.

Ellos le dijeron que aquel que tenía delante era el mismo que le habían mostrado y dado por esposo.

Ella replicó que no era, y trajo testigos como el que sus padres le dieron era un hombre grave y lleno de canas, y que pues el presente no las tenía, no era él, y se llamaba á engaño: atúvose á esto, corrióse el teñido, y deshízose el casamiento.

Con las dueñas tenía la misma ejeriza que con los escabechados; decía maravillas de su permatoy, de la mortaja de sus tocas, de sus muchos melindres, de sus escrúpulos y de su extraordinaria miseria: amohinábanle sus flaquezas de estómago, sus vagidos de cabeza, su modo de hablar con con más repulgos que sus tocas, y finalmente su inutilidad y sus vainillas.

Uno le dijo: ¿qué es ésto, señor licenciado, que es he oído decir mal de muchos oficios y jamás lo habeis dicho

de los escribanos, habiendo tanto que decir?

A lo cual respondió: aunque de vidrio, no soy tan frágil que me deje ir con la corriente del vulgo, las más veces engañado.

Paréceme á mí que la gramática de los murmuradores, y el la, la, la, de los que cantan, son los escribanos; porque así como no se puede pasar á otras ciencias, sino es por la puerta de la gramática, y como el músico primero murmura que canta, así los maldicientes por donde comienzan á mostrar la malignidad de sus lenguas, es por decir de los escribanos y alguaciles, y de los otros ministros de la justicia, siendo un oficio el del escribano, sin el cual andaría la verdad por el mundo á sombra de tejados, corrida y maltratada; y así dice el Eclesiástico: *In manum Dei potestas hominis est, et super faciem scribae imponet honorem.*

Es el escribano persona pública, y el oficio del juez no se puede ejercitar cómodamente sin el suyo.

Los escribanos han de ser libres, y no esclavos, ni hijos de esclavos, legítimos, no bastardos, ni de ninguna mala raza nacidos: juran secreto, fidelidad, y que no harán escritura usuraria: que ni amistad, ni enemistad, provecho ó daño les moviera á no hacer su oficio con buena y cristiana conciencia.

Pues si este oficio tantas buenas partes requiere, ¿por qué se ha de pensar que de más de veinte mil escribanos que hay en España, se lleve el diablo la cosecha, como si fuesen cepas de su majuelo? no lo quiero creer, ni es bien que ninguno lo crea; porque finalmente digo que es la gente más necesaria que había en las repúblicas bien ordenadas; y que si llevaban demasiados derechos, también hacían demasiados tuerfos, y que destos dos extremos podía resultar un medio, que les hiciese mirar por él...

De los alguaciles dijo que no era mucho que tuviesen algunos enemigos, siendo su oficio ó prenderte, ó sacarte la hacienda

de casa, ó tenerte en la suya en guarda, y comer á tu costa.

Tachaba la negligencia é ignorancia de los procuradores y solicitadores, comparándolos á los médicos, los cuales, que sane, ó no sane el enfermo, ellos llevan su propina: y los procuradores y solicitadores lo mismo, salgan ó no salgan con el pleito que ayudan.

Preguntóle uno ¿cuál era la mejor tierra?

Respondió que la temprana y agradecida.

Replicó el otro: no pregunto eso, sino que ¿cuál es mejor lugar? Valladolid, ó Madrid?

Y respondió: de Madrid los extremos: de Valladolid los medios.

No lo entiendo, repitió el que se lo preguntaba; y dijo de Madrid cielo y suelo: de Valladolid los entresuelos.

Oyó Vidriera que dijo un hombre á otro, que así como había entrado en Valladolid había caído su mujer muy

enferma, porque la había probado la tierra.

A lo cual dijo Vidriera: mejor fuera que se la hubiese comido, si acaso es celosa.

De los músicos y de los correos de á pié decía que tenían las esperanzas y las suertes limitadas; porque los unos la acaban con llegar á serlo de á caballo, y los otros con alcanzar á ser músicos del rey.

De las damas que llaman cortesanas decía que todas ó los más tenían más de corteses, que de sanas.

Estando un día en una iglesia vió que traían á enterrar á un viejo, á bautizar á un niño y á velar á una mujer, todo á un mismo tiempo, y dijo: que los templos eran campos de batalla, donde los viejos acaban, los niños vencen, y las mujeres triunfan.

Picábale una vez una abispa en el cuello, y no se la osaba sacudir por no quebrarse; pero con todo eso se quejaba.

Preguntóle uno, que ¿cómo sentía aquella abispa, si era su cuerpo de vidrio?

Y respondió que aquella abispa debía de ser murmuradora, y que las lenguas y picos de los murmuradores eran bastantes á desmoronar cuerpos de bronce, no que de vidrio.

Pasando acaso un religioso muy gordo por donde él estaba, dijo uno de sus oyentes: de ético no se puede mover el padre.

Enojóse Vidriera, y dijo: nadie se olvide de lo que dice el Espíritu Santo: *nolite tangere christos meos*; y subiéndose más en cólera, dijo: que mirasen en ello, y verían que de muchos santos, que de pocos años á esta parte había canonizado la Iglesia y puesto en el número de los bienaventurados, ninguno se llamaba el capitán don fulano, ni el secretario don tal de don tales, ni el conde, marqués ó duque de tal parte; sino fray Diego, fray Jacinto, fray Raimundo, todos frayles y religiosos; porque las religiones son los Aranjueces del cielo, cuyos frutos

de ordinario se ponen en la mesa de Dios.

Decía que las lenguas de los murmuradores eran como las plumas del águila, que roen y menoscaban todas las de las otras aves que á ellas se juntan.

De los gariteros y tahures decía milagros: decía que los gariteros eran públicos prevaricadores, porque en sacando el barato de que iba haciendo suertes, deseaban que perdiese, y pasase el naipe adelante, porque el contrario las hiciese, y él cobrase sus derechos.

Alababa mucho la paciencia de un tahir que estaba toda una noche jugando y perdiendo; y con ser de condición colérico y endemoniado, á trueco de que su contrario no se alzase, no descosía la boca, y sufría lo que un mártir de Barrabás.

Alababa también las conciencias de algunos honrados gaiteros, que ni por imaginación consentían que en su casa se jugase otros juegos, que polla y cientos; y con ésto á fuego lento, sin temor y nota de malsines sacaban al cabo del mes más

barato que los que consentían los juegos de estocada, del reparolo, siete y llevar, y pinta en la del punto.

En resolución, él deecía tales cosas, que si no fuera por los grandes gritos que daba cuando le tocaban ó á él se arrimaban, por el hábito que traía, por la estrechez de su comida, por el modo con que bebía, por el no querer dormir sino al cielo abierto en el verano, y el invierno en los pajares, como queda dicho, con que daba tan claras señales de su locura, ninguno pudiera creer sino que era uno de los malos cuerdos del mundo.

Dos años ó poco más duró en esta enfermedad, porque un religioso de la orden de San Jerónimo, que tenía gracia y ciencia particular en hacer que los mudos entendiesen y en cierta manera hablasen, y en curar locos, tomó á su cargo de curar á Vidriera, movido de caridad, y le curó y sanó, y volvió á su primer juicio, entendimiento y discurso; y así como le vió sano, le visitó como á letrado, y le hizo volver á la corte, adonde con dar

tantas muestras de cuerdo, como las había dado de loco, podía usar su oficio, y hacerse famoso por él.

Hízolo así, y llamándose el licenciado Rueda, no Rodaja volvió á la corte, donde apenas hubo entrado, cuando fué conocido de los muchachos; más cuando le vieron en tan diferente hábito del que solía, no le osaron dar grita ni hacer preguntas; pero seguíanle, y decían unos á otros: ¿este no es el loco Vidriera? á fe que es él: ya viene cuerdo; pero también puede ser loco bien vestido como mal vestido: preguntémosle algo, y salgamos desta confusión.

Todo esto oía el licenciado, y callaba, y iba más confuse y más corrido que cuando estaba sin juicio.

Pasó el conocimiento de los muchachos á los hombres, y antes que el licenciado llegase al patio de los Consejos, llevaba tras de sí más de doscientas personas de todas suertes.

Con este acompañamiento, que era más que el de un catedrático, llegó al patio

donde le acabaron de circundar cuantos en él estaban.

El viéndose con tanta turba à la redonda, alzó la voz, y dijo: señores, yo soy el licenciado Vidriera, pero no el que solía: soy ahora el licenciado Rueda: sucesos y desgracias que acontecen en el mundo por permisión del cielo me quitaron el juicio, y las misericordias de Dios me le han vuelto: por las cosas que dicen que dije cuando loco, podeis considerar las que diré cuando cuerdo: yo soy graduado en leyes por Salamanca, adonde estudié con pobreza, y adonde llevé segundo en licencias, de do se puede inferir que más la virtud que el favor me dió el grado que tengo: aquí he venido á este gran mar de la corte para abogar y ganar la vida, pero si no me dejais habré venido á bogar y granjear la muerte: por amor de Dios, que no hagais que el seguirme sea perseguirme, y que lo que alcancé por loco, que es el sustento, lo pierda por cuerdo: lo que solíades preguntarme en las plazas, preguntádmelo ahora en mi

casa, y vereis que el que os respondía bien de improviso, os responderá mejor de pensado.

Escucháronle todos y dejáronle algunos.

Volvióse á su posada con poco menos acompañamiento que habia llevado.

Saló otro día, y fué lo mismo: hizo otro sermón y no sirvió de nada.

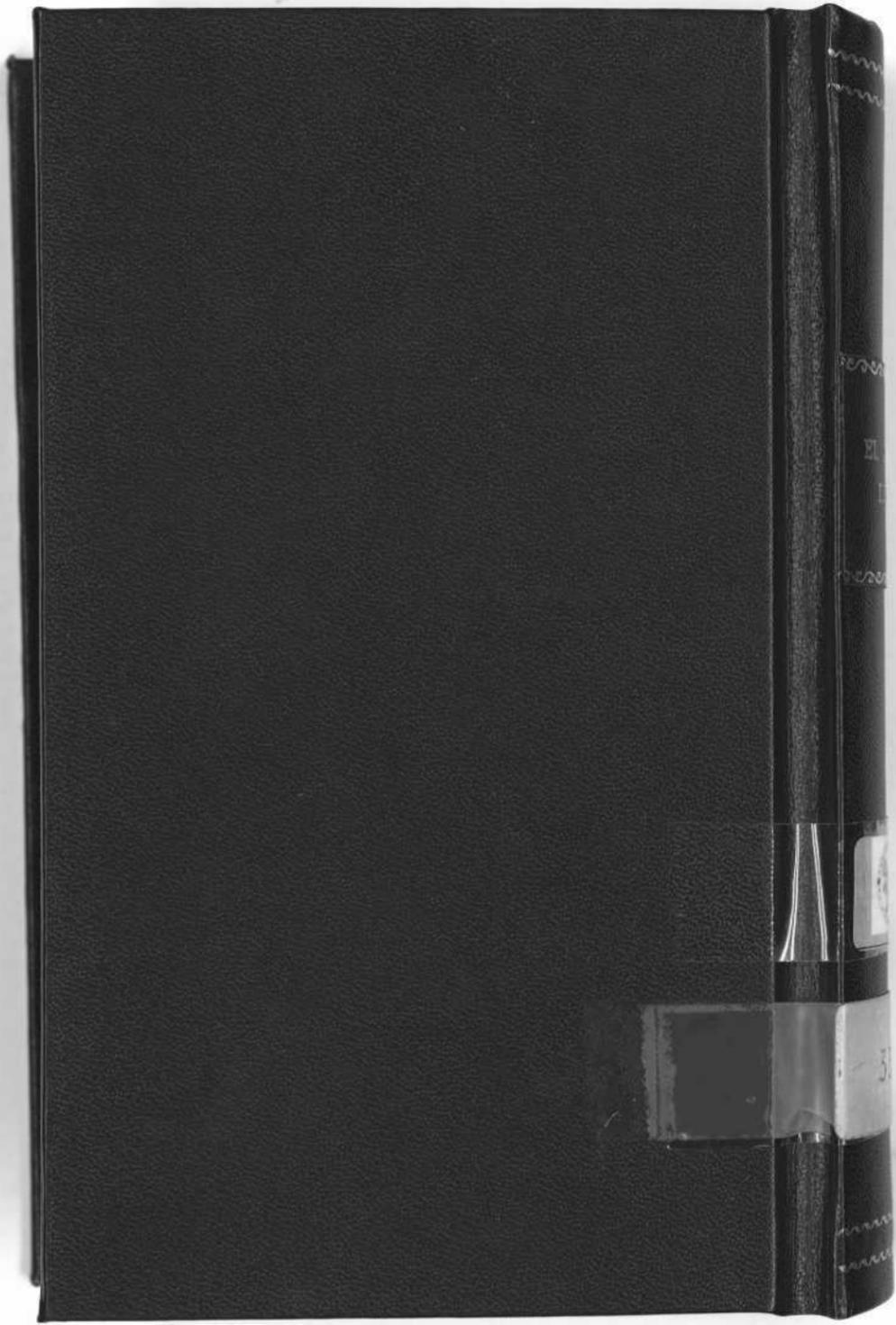
Perdía mucho, y no ganaba cosa, y viéndose morir de hambre, determinó de dejar la corte y volverse á Flandes, donde pensaba valerse de las fuerzas de su brazo, pues no se podía valer de las de su ingenio; y poniéndolo en efecto, dijo al salir de la corte: ¡ó corte, que alargas las esperanzas de los atrevidos pretendientes, y acortas las de los virtuosos encogidos, sustentas abundantemente á los truhanes desvergonzados, y matas de hambre á los discretos vergonzosos!

Esto dijo, y se fué á Flandes, donde la vida que habia comenzado á eternizar por las armas en compañía de su buen amigo el capitán Valdivia, dejando fama en su muerte de prudente y valentísimo soldado.

FIN DEL LICENCIADO VIDRIERA







EL AMANTE
LIBERAL



3352